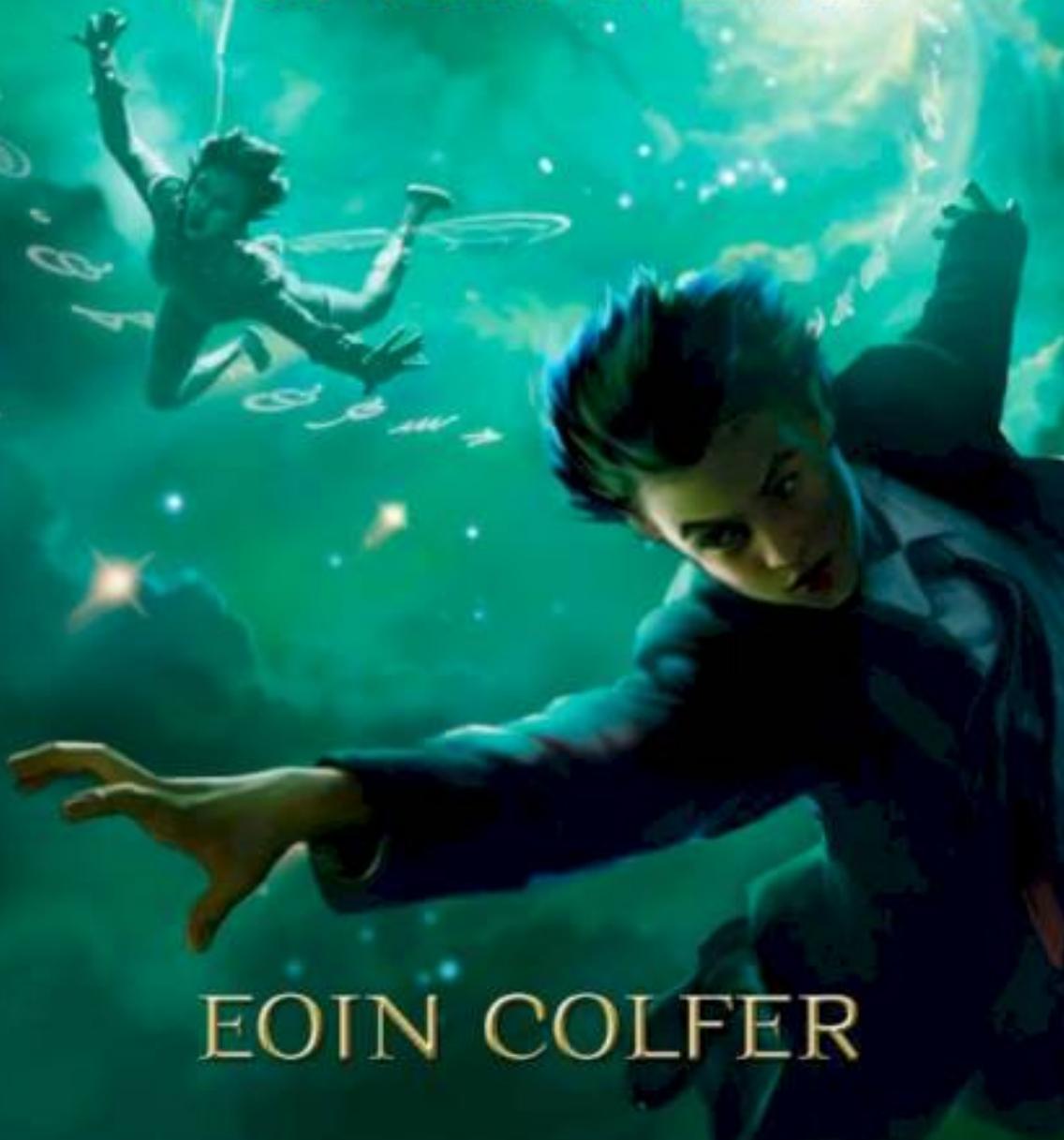


# ARTEMIS FOWL

Y SU PEOR ENEMIGO



EOIN COLFER

Han pasado tres años desde las últimas aventuras de Artemis y, ahora, es un chico normal. Hechas las paces con el mundo mágico y convertido en una persona respetable, solo hay algo que le preocupa: la salud de su madre que se deteriora por momentos. Según el médico, padece una rarísima enfermedad incurable y le quedan pocos días de vida. Pero Artemis guarda un as en la manga: conserva magia del mundo elemental y está convencido de que puede curar a su madre. Al no ser así, no le quedará otro remedio que pedir ayuda al mundo mágico que le asegura que el antídoto de la enfermedad de su madre está en el cerebro de un animal que el propio Artemis mató ocho años atrás. A Artemis sólo le queda una posibilidad: volver ocho años atrás y recuperar el cerebro de ese animal...

## PRÓLOGO

### MANSIÓN FOWL, DUBLÍN, IRLANDA

A UNA HORA escasa al norte de la hermosa ciudad de Dublín está la finca de los Fowl, cuyos dominios han permanecido prácticamente invariables a lo largo de los últimos quinientos años.

La mansión, en el centro de la propiedad, no se ve desde la carretera principal, pues se halla rodeada por una serie de robles y un paralelogramo de altísimos muros de piedra. Las puertas son de acero armado y llevan incorporadas unas cámaras de seguridad en lo alto de los pilares. En el caso de obtener permiso de acceso a través de los portales discretamente electrificados, el visitante se encuentra con una avenida recubierta de gravilla que serpentea suavemente a través de lo que en otros tiempos una fuera cuidadísima extensión de césped pero que su actual y deliberado estado de abandono remite a un jardín selvático e impenetrable.

La arboleda se hace cada vez más espesa a medida que uno se aproxima al edificio de la mansión en sí, y surgen imponentes los robles y los castaños de Indias, alternándose con los más delicados fresnos y sauces. Los únicos signos de posibles labores de jardinería son un camino de entrada despejado de malas hierbas y las relucientes lámparas que flotan en lo alto, sin cuerdas ni cables que las sostengan, aparentemente.

La mansión Fowl ha sido escenario de múltiples y decisivas aventuras a lo largo de los siglos. En los últimos años, las aventuras han adquirido más bien ciertos tintes mágicos, aunque a la mayor parte de los miembros de la familia Fowl se le ha ocultado deliberadamente este hecho. No tienen la menor idea de que la entrada principal quedó completamente destruida cuando las Criaturas mágicas enviaron a un trol a enfrentarse a Artemis, el hijo mayor de la familia y un auténtico cerebro de las altas esferas delictivas.

Entonces tenía doce años. En la actualidad, sin embargo, las actividades que se llevan a cabo en el seno de la mansión Fowl son completamente legales. Las fuerzas especiales mágicas ya no asaltan las almenas, no hay elfas agentes de policía encerradas en la bodega, ni señales de ningún centauro actualizando sus aparatos de escucha ni realizando escaneos térmicos. Artemis ha hecho las paces con las Criaturas mágicas y ha establecido unos sólidos lazos de amistad con sus antiguos rivales.

A pesar de que con sus actividades delictivas Artemis consiguió muchos beneficios, lo cierto es que también le salieron muy caras. Algunos de sus seres queridos han sufrido, han resultado heridos e incluso han sido secuestrados por culpa de sus maquinaciones. Durante los tres años anteriores, sus padres lo creían muerto, cuando en realidad estaba luchando contra los demonios del limbo, y a su regreso, se quedó estupefacto al comprobar que el mundo había seguido adelante sin él, y que ahora era el hermano mayor de dos gemelos de dos años, Beckett y Myles.

# CAPÍTULO I

## EXPRESO Y MELAZA

ARTEMIS estaba sentado en un sillón de piel de color rojizo, delante de Beckett y Myles. Su madre yacía en la cama con una gripe leve y su padre se encontraba con el médico en su habitación así que Artemis trataba de echar una mano encargándose de entretener a los gemelos. Y qué mejor entretenimiento para un par de mocosos que una clase magistral.

Había decidido vestirse con cierto aire informal, con una camisa de seda azul celeste, unos pantalones de lana gris perla y unos mocasines Gucci. Se había retirado el pelo negro de la frente, peinándolo hacia atrás, y estaba poniendo cara de contento, algo que, según tenía entendido, volvía locos a los críos.

—¿Artemis *tene* caca? —le preguntó Beckett, que estaba en cuclillas sobre la alfombra tunecina vestido únicamente con una camiseta larga que se había bajado hasta las rodillas.

—No, Beckett —contestó Artemis alegremente—. Solo intento poner cara de contento. ¿Y tú no tendrías que llevar un pañal?

—Pañal —soltó Myles, que había aprendido a hacer sus necesidades él solito sin precisar pañales a la edad de ca-

torce meses, construyendo una escalera hasta lo alto de la taza del váter con tomos de enciclopedia.

—Pañal no —repuso Beckett, haciendo pucheros y dando un manotazo a una mosca que aún seguía zumbando atrapada en sus pegajosos rizos rubios—. Beckett no gusta pañal.

Artemis tenía serias dudas de que a la niñera se le hubiese olvidado ponerle un pañal a Beckett, y por un momento se preguntó dónde podía estar ese pañal.

—Muy bien, Beckett —continuó Artemis—. Dejaremos de lado el tema del pañal por el momento y pasaremos a la lección de hoy.

—¡Helado! ¡Sí, sí! ¡De chocolate! —exclamó Beckett, estirando los dedos para tratar de alcanzar un helado de chocolate imaginario.

—No, Beckett, no he dicho «helado», he dicho «de lado».

—¡Y un expreso! —añadió Beckett, cuyo curioso repertorio de sabores favoritos incluía las bolsitas monodosis de café expreso y la melaza. En la misma taza, a ser posible. En cierta ocasión, Beckett había logrado engullir varias cucharadas de dicho mejunje antes de que se lo arrebataran de las manos por la fuerza. El niño no había pegado ojo en veintiocho horas.

—¿Podemos aprender las palabras nuevas, Artemis? —preguntó Myles, que quería volver cuanto antes junto al tarro de moho que tenía en su cuarto—. Es que estoy haciendo *espirimentos* con el profesor Primate.

El profesor Primate era un mono de peluche, además del compañero de prácticas de laboratorio ocasional de Myles. El muñequito de trapo se pasaba la mayor parte del tiempo metido en un vaso de precipitados de vidrio de borosilicato en la mesa de *espirimentos*. Artemis había reprogramado la laringe del mono para que respondiese a la voz de Myles con doce frases, entre las que se incluían «¡Está

vivo! ¡Está vivo!» y «Este día pasará a la historia, profesor Myles».

—Podrás volver a tu laboratorio enseguida —dijo Artemis con aprobación. Myles y él estaban cortados por el mismo patrón: su hermanito era un científico nato—. Bien, chicos, hoy vamos a aprender algunos términos relacionados con los restaurantes.

—Los estornudos se parecen a los gusanos —comentó Beckett, a quien no se le daba demasiado bien centrarse en un tema.

Su comentario dejó desconcertado a Artemis. Definitivamente, los «gusanos» no formaban parte del menú, aunque era posible que los caracoles sí figurasen en él.

—Olvídate de los gusanos.

—¡Olvidar gusanos! —exclamó Beckett, asustado.

—Solo de momento —trató de tranquilizarlo Artemis—. En cuanto hayamos terminado con nuestro juego de las palabras, podrás pensar en lo que te dé la gana. Y si te portas muy, muy bien, puede que hasta te lleve a ver los caballos.

Montar a caballo era el único ejercicio por el que Artemis había desarrollado cierta afición, y eso se debía sobre todo a que era el caballo el que hacía la mayor parte del esfuerzo. Beckett se señaló a sí mismo.

—Beckett —dijo con orgullo, convertidos ya los gusanos en un lejano recuerdo.

Myles lanzó un suspiro.

—Serás tonto-rrón...

Artemis empezaba a arrepentirse de haber preparado aquella clase, pero, ya que había empezado, estaba decidido a seguir adelante.

—Myles, no llames tontorrón a tu hermano.

—No pasa nada, Artemis. A él le gusta. Eres un tontorrón, ¿a que sí, Beckett?

—Beckett tonto-rrón —convino el pequeñajo con alegría. Artemis se frotó las manos.

—Muy bien, hermanitos. Sigamos adelante. Imaginaos que estáis sentados en una cafetería en Montmartre.

—En París —apostilló Myles, alisándose con aire arrogante el fular que había tomado prestado de su padre.

—Sí, en París. Y por mucho que lo intentéis, no conseguís atraer la atención del camarero. ¿Qué hacéis?

Los niños se lo quedaron mirando perplejos y Artemis empezó a preguntarse si no estaría poniendo demasiadas expectativas en aquella clase. Experimentó cierto alivio, aunque también sorpresa, al ver una chispa de comprensión en los ojos de Beckett.

—Hummm... ¿decirle a Mayordomo que se ponga a saltar encima de su cabeza?

Myles se quedó impresionado.

—Estoy de acuerdo con este tontorrón.

—¡No! —exclamó Artemis—. Solo tenéis que levantar la mano así y decir: «*Ici, garçon*».

—¿«Y sí...» qué?

—¿Cómo dices? No, Beckett, no he dicho «y sí». —Artemis lanzó un suspiro. Aquello era imposible. Completamente imposible.

Y eso que ni siquiera había sacado todavía sus tarjetas educativas ni su nuevo puntero láser modificado, capaz tanto de resaltar una palabra como de atravesar varias planchas de acero agujereándolas con el calor, todo dependía de la función que se eligiese en el menú de ajustes.

—Vamos a intentarlo juntos. Levantad una mano y decid:

«*Ici, garçon*». Ahora, todos a la vez.

Los niños hicieron lo que les decía, ansiosos por complacer al chiflado de su hermano.

—*Ici, garçon* —repitieron a coro, levantando las manos regordetas. Acto seguido, por la comisura de la boca, Myles le susurró a su gemelo—: Artemis tonto-rrón.

Artemis levantó las palmas de las manos.

—Me rindo. Vosotros ganáis, se acabó la clase. ¿Por qué no pintamos unos dibujos, mejor?

—Estupendo —dijo Myles—. Yo podré pintar mi tarro de moho.

Beckett no las tenía todas consigo.

—¿No hay que aprender nada?

—No —contestó Artemis, alborotándole cariñosamente el pelo a su hermano y arrepintiéndose al instante—. No tendrás que aprender nada.

—Bien. Beckett ahora contento. Mira. —Y el niño volvió a señalarse a sí mismo, esta vez concretamente a la amplia sonrisa que le iluminaba la cara.

Los tres hermanos estaban estirados en el suelo, embadurnados hasta los codos de pintura al agua, cuando su padre entró en la habitación. Parecía cansado de su labor como enfermero, pero por lo demás tenía el aspecto vigoroso de alguien en forma, y se movía como un atleta profesional a pesar de su pierna biohíbrida. La pierna llevaba incorporado un hueso alargado artificialmente, prótesis de titanio e implantes de sensores para que las señales cerebrales de Artemis padre hicieran que se moviese. En ocasiones, al final del día, utilizaba una bolsa de gel de las que se calentaban en el microondas para aliviar la rigidez, pero, por lo demás, actuaba como si hubiese nacido con aquella pierna.

Artemis se incorporó y se puso de rodillas, sucio y chorreando pintura.

—He desistido del vocabulario en francés y me he puesto a jugar con los gemelos. —Sonrió, limpiándose las manos—. La verdad es que es una experiencia muy liberadora. Estamos pintando con pintura de dedos. He intentado aprovechar para darles una pequeña charla sobre cubismo, pero he recibido una salpicadura como agradecimiento.

Artemis advirtió entonces que su padre estaba algo más que cansado, estaba muy preocupado.

Se apartó de los gemelos y se dirigió junto a Artemis padre hacia la estantería de libros, que llegaba hasta el techo.

—¿Qué pasa? ¿Madre está peor de la gripe?

El padre de Artemis apoyó una mano en la escalera co-rediza, desplazando así su peso de la pierna artificial. Tenía una expresión muy rara, una que Artemis no recordaba haber visto nunca en su cara.

Se dio cuenta entonces de que lo que sentía su padre no era preocupación: lo que sentía Artemis padre era verdadero miedo.

—¿Padre?

Artemis padre asió el travesaño de la escalera con tanta fuerza que la madera se resquebrajó.

Abrió la boca para hablar, pero luego pareció cambiar de idea. Entonces fue Artemis el que empezó a preocuparse de veras.

—Padre, tienes que decírmelo.

—Por supuesto —contestó su padre con un sobresalto, como si acabara de darse cuenta de dónde estaba—. Tengo que decírtelo...

En ese momento una lágrima le resbaló del ojo y le cayó en la camisa, cuyo azul se oscureció.

—Recuerdo la primera vez que vi a tu madre —le contó—. Yo estaba en Londres, en una fiesta privada del club. Era una sala llena de bribones y sinvergüenzas, y yo era el mayor de todos. Ella me hizo cambiar, Arty. Me rompió el corazón y luego volvió a recomponer los pedazos... Angeline me salvó la vida. Y ahora...

Artemis sintió que le flaqueaban las piernas de los nervios. La sangre le golpeaba los oídos como las olas del Atlántico.

—¿Se está muriendo madre, padre? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

La posibilidad le parecía absurda, imposible.

Su padre pestañeó, como si acabara de despertarse de un sueño.

—No si los hombres Fowl tienen algo que decir al respecto, ¿eh, hijo? Ha llegado la hora de hacer honor a tu reputación. —Los ojos de Artemis padre brillaban rebosantes de desesperación—. Haremos todo lo que sea necesario, hijo. Todo lo que haga falta.

Artemis sintió que una oleada de pánico se apoderaba de su cuerpo.

«¿Todo lo que sea necesario?».

«Tranquilízate —se dijo—. Tú puedes solucionar esto».

Artemis no conocía todavía todos los detalles, pero confiaba razonablemente en que fuese lo que fuese lo que padeciese su madre podría curarse con una chispa de magia de las Criaturas, y él era el único humano sobre la faz de la tierra con esa clase de magia en sus venas.

—Padre —dijo, con delicadeza—, ¿se ha ido ya el médico?

Por un momento, aquella pregunta pareció desconcertar a Artemis padre, pero luego recordó.

—¿Si se ha ido? No. Está en el recibidor. Pensé que tal vez querrías hablar con él, por si hay algo que a mí se me haya podido escapar preguntarle...

Artemis se sorprendió solo a medias al encontrarse en el vestíbulo con el doctor Hans Schalke, el principal experto de toda Europa en enfermedades raras, en lugar de ver al médico habitual de la familia.

Lógico, su padre habría mandado llamar al doctor Schalke en cuanto el estado de Angeline Fowl empezó a empeorar. Schalke esperaba debajo del emblema en filigrana de los Fowl, con un maletín de médico de cuero montando guardia junto a sus tobillos como un escarabajo gigante. Estaba atándose el cinturón de una gabardina gris y hablando en tono cortante con su ayudante.

Todo en el doctor Schalke era cortante, desde el ángulo del pico entre las entradas del pelo hasta los rasgos afilados de su nariz y sus pómulos. Unos óvalos idénticos de cristal cortado aumentaban el tamaño de los ojos azules del médico, y su boca, rotunda como una cuchillada, se le torcía hacia abajo de izquierda a derecha, y apenas la movía al hablar.

—Todos los síntomas —estaba diciendo, con voz sorda y acento alemán—. En todas las bases de datos, ¿entendido?

Su ayudante, una mujer joven y menuda vestida con un traje gris de corte muy elegante, asintió varias veces, introduciendo las instrucciones en la pantalla de su teléfono inteligente.

—¿En las universidades también? —preguntó.

—En todas —contestó Schalke, acompañando la palabra de un ademán impaciente—. ¿No he dicho todas? ¿Es que no entendido mi acento? ¿Es que porque vengo de Alemania?

—Lo siento, doctor —dijo la ayudante, compungida—. En todas, por supuesto.

Artemis se acercó al doctor Schalke y le tendió la mano, pero el médico no quiso estrechársela.

—Por precaución ante posible contaminación, señor Fowl —dijo, sin ánimo de disculparse ni de mostrar compasión—. Todavía no hemos decidido si la enfermedad de su madre es contagiosa.

Artemis cerró el puño y se llevó la mano detrás de la espalda. El doctor tenía razón, claro.

—No nos habíamos visto hasta ahora, doctor. ¿Tendría la bondad de describir los síntomas de mi madre?

El médico dio un resoplido de irritación.

—Está bien, joven, pero yo no acostumbrado a tratar con niños pequeños, así que no me voy a andar con rodeos.

Artemis tragó saliva, con la garganta seca de repente.

«No va a andarse con rodeos.. .».

—Es posible que la enfermedad de su madre sea caso único en el mundo —explicó Schalke, interrumpiendo el trabajo de su ayudante con un chasqueo de los dedos—. Por mis observaciones, sus órganos parecen estar fallando.

—¿Qué órganos?

—Todos sus órganos —dijo Schalke—. Necesito traer equipo aquí desde mi laboratorio en Trinity College. Obviamente, es imposible trasladar a su madre. Mi ayudante, Imogen, la señorita Book, cuidará de ella hasta mi regreso. La señorita Book no solo es mi publicista, sino también excelente enfermera.

Una combinación muy útil, ¿no es cierto?

Con su visión periférica, Artemis vio a la señorita Book salir a toda prisa por una esquina, balbuceando una frase por el auricular de su teléfono. Esperaba que la publicista-enfermera hiciera gala de una mayor seguridad en sí misma atendiendo a su madre.

—Supongo que sí. ¿Todos los órganos de mi madre, dice? ¿Absolutamente todos?

A Schalke no le gustaba repetirse.

—Síntomas me recuerdan al lupus, pero más agresivo aún, combinado con las tres fases de la enfermedad de Lyme. Una vez vi una tribu del Amazonas con mismos síntomas, pero no tan severos. Si sigue empeorando así, tu madre tiene días contados. Con franqueza, dudo que haya tiempo de realizar pruebas. Necesitamos cura milagrosa, y en mi considerable experiencia, curas milagrosas no existen.

—Puede que sí existan... —repuso Artemis con aire ausente.

Schalke recogió su maletín.

—Ponga su fe en ciencia, joven —le aconsejó el médico—. La ciencia ayudará a su madre más que poderes misteriosos.

Artemis le sujetó la puerta a Schalke, observando cómo bajaba la docena de escalones que le llevaban a su Mercedes-Benz de época. El coche era gris, como las magulladas nubes del cielo.

«No hay tiempo para la ciencia —se dijo el adolescente irlandés—. La magia es mi única opción».

Cuando Artemis regresó a su estudio, su padre estaba sentado en la alfombra con Beckett, que le trepaba por el torso como si fuera un mono.

—¿Puedo ver a madre ahora? —le preguntó Artemis.

—Sí —contestó su padre—. Ve a ver qué puedes averiguar. Observa sus síntomas para tu búsqueda.

«¿Mi búsqueda? —se extrañó Artemis—. Se avecinan tiempos difíciles...».

El descomunal guardaespaldas de Artemis, Mayordomo, lo esperaba al pie de las escaleras vestido con el equipo de kendo, con la máscara retirada hacia atrás, lo que dejaba al descubierto sus facciones curtidas.

—Estaba en el dojo, entrenándome con el holograma —le explicó—. Tu padre me ha llamado y me ha dicho que se requería inmediatamente mi presencia. ¿Qué ocurre?

—Se trata de madre —dijo Artemis, pasando por su lado—. Está muy enferma. Voy a ver qué puedo hacer.

Mayordomo apretó el paso para alcanzar a su protegido, haciendo un gran estruendo con las protecciones pectorales.

—Ten cuidado, Artemis. La magia no es como la ciencia, no puedes controlarla. No querrás que el estado de la señora Fowl empeore por algún efecto indeseado de la magia...

Artemis llegó a lo alto de la escalinata y acercó la mano al pomo de bronce de la puerta con aire vacilante, como si

estuviese electrificado.

—Lo que me temo es que no pueda empeorar aún más...

Artemis entró solo, dejando que el guardaespaldas se despojase de las protecciones para la cabeza y del protector del torso de hon nuri. Debajo llevaba un chándal de deporte en lugar de los tradicionales pantalones anchos. Tenía el pecho y la espalda empapados de sudor, pero Mayordomo hizo caso omiso de sus ganas de ducharse y permaneció montando guardia en la puerta, sabiendo que no debía tratar de espiar qué ocurría dentro de la habitación pero deseando poder hacerlo.

Mayordomo era el único humano aparte de Artemis que conocía toda la verdad acerca de las incursiones en la magia del muchacho. Había velado por la seguridad de su joven protegido en todas sus aventuras, enfrentándose a seres mágicos y a humanos por todos los continentes. Sin embargo, Artemis había realizado el viaje en el tiempo al limbo sin él, y había regresado cambiado. Una parte de su joven protegido era ahora mágica, y no solo el ojo izquierdo de color avellana de la capitana Holly Canija que el túnel del tiempo le había cambiado por el suyo propio. Durante el viaje de la Tierra al limbo y luego de vuelta, Artemis se las había arreglado para robar unas cuantas chispas de magia de los seres mágicos cuyos átomos se habían mezclado con los suyos en el túnel del tiempo. Cuando había vuelto a casa del limbo, Artemis les había «sugerido» a sus padres, mediante el persuasivo y mágico método del *encanta*, que sencillamente no pensasen en dónde había estado durante los años anteriores. No era un plan demasiado sofisticado, sobre todo teniendo en cuenta que su desaparición había ocupado las portadas de los noticiarios del mundo entero y que el tema había surgido en todos y cada uno de los actos sociales a los que habían asistido los